



RETRATOS
VISTAS DE TODOS LOS PAISES
MONUMENTOS

No se devuelven los originales
que se reciben.

EL CASCABEL

PERIÓDICO ILUSTRADO.

COSTUMBRES

LAMINAS DE LA GUERRA

CARICATURAS

Se regala á los suscritores el
Almanaque de la Ilustracion.

SEIS PESETAS AL AÑO EN MADRID.
NÚMERO DEL DÍA DOS CUARTOS.

MADRID 29 DE MARZO DE 1874.

SIETE PESETAS AL AÑO EN PROVINCIAS.
NÚMERO ATRASADO: MEDIO REAL.

ADMINISTRACION: PLAZA DE MATUTE, NÚM. 2: MADRID.

COSAS DEL DÍA.

A D. Carlos le ha nacido otra hija:
¡Triste coincidencia!
El mismo día, ó el día ántes, ó el día siguiente, del nacimiento de esta inocente criatura, uno de los partidarios de su padre fusilaba sin piedad en Besalú á 27 infelices por el delito de no ser carlistas. Todos los periódicos han dado esta noticia, desgraciadamente confirmada luego.

Yo nunca he ultrajado al Pretendiente, nunca he visto en este periódico nada que pueda ofenderle; pero en vista de los repetidos fusilamientos ejecutados por los carlistas en Cataluña, y ántes en las Vascongadas por el cura famoso y algun otro cabecilla, no puedo menos de preguntar:—¿Cómo ese hombre que aspira á reinar en España no prohíbe terminantemente á sus partidarios esos actos de crueldad?... D. Carlos tiene hijos... ¿cómo no piensa que los infelices que sus secuaces fusilan tienen tambien padres, tienen tambien hijos?...

En esta guerra, hay que confesar que los liberales no han llevado á cabo esas terribles venganzas en los prisioneros, y esa conducta les honra. D. Carlos debiera tener presente que el terror no es el mejor modo de hacerse amigos.

Suponiendo que hubiera llegado á vencer en la lucha que ha emprendido, ¿cuántos ódios tendria contra sí?... Y si no vence, ¿qué remordimiento el suyo cuando considere que ha arruinado al mismo país vasco y á los pueblos de la montaña de Cataluña, que levantaron su bandera, y que por él han muerto tantos españoles!... ¡Dios quiera que se acabe pronto esta horrible guerra! ¡Dios quiera devolver á este pobre país el reposo que tanto necesita!

Han de saber Vds. que ya han venido los restos mortales del célebre orador progresista Sr. Olózaga (q. e. p. d.) El Estado paga los gastos de traslación del cadáver desde París á Madrid, los que habrá hecho la comision de *notables* progresistas que fué á Santander á recibirlo y traerlo á Madrid, y por supuesto los del entierro que se le hace ahora en Madrid.

Vamos á ver, ¿Vds. creen que era preciso todo esto? Los restos mortales del Sr. Olózaga, que esté en gloria, podian haber seguido en París hasta que hubiese paz en España, porque parece un poco extraño, dicho

sea con el respeto debido, que cuando hay que gastar tanto en la guerra, y por esta razon es preciso desatender otras necesidades, se gaste, ni poco ni mucho, que no será poco, en hacer esa traslación, con acompañamiento de comision de *notables*, etc., etc. Y si se queria á todo trance traer pronto á Madrid los restos del gran orador progresista, si eso era absolutamente preciso, ¿no hubiera estado mucho mejor visto que los progresistas, los admiradores del gran talento del finado, hubiesen corrido con todos los gastos de exhumacion, traslación, comisiones, entierro y demás?

Creo que convendrán Vds. conmigo en que esto hubiera sido lo justo y lo que habria dado mucho lustre á los amigos, admiradores, discipulos y correligionarios del difunto embajador en París.

Entre las cosas del día no hay que olvidar el paseo de coches en el Retiro. Al fin se lleva á cabo este proyecto, no por otra cosa, sino para que se vea que aquí hay rumbo hasta en las más apuradas y tristes ocasiones.

En un periódico he leído estos dias un artículo muy largo en defensa del paseo de coches, y para probar que es cosa buena ese pensamiento de un paseito de coches, cita el autor á París y Lóndres, como si Madrid fuese París ó Lóndres, y como si aquí estuviéramos tan desahogados como están en Lóndres y en París.

En fin, el paseo se hará, porque así lo han dispuesto, y toda vez que nos hacen el paseo, ahora lo que tenemos que hacer los que no tenemos coche es procurar tenerlo para cuando el paseo esté acabado. Y entonces, puede que ya no nos parezca mal el paseo de los coches.

¿Tienen Vds. los ojos malos?

Lo digo porque el Sr. García Ruiz, el ministro de la Gobernacion del Reino, digo, de la República, ha arreglado el Instituto oftálmico que creó la señora de D. Amadeo, nombrando una Junta de patronos, en la cual ha ido y ha metido á su hermano D. Gregorio.

Observando vengo que siempre los hermanos de los ministros son aptos para todos los cargos, puestos, comisiones, etc., etc. Yo no siento no ser ministro; lo que siento es no tener un hermano que lo sea. A estas horas seria yo Arzobispo.

largo, una reconciliacion, y quizá... no quiero escribirlo.

De todos modos, hoy soy dueño de un secreto, que oportunamente revelado, levantaria una barrera insuperable entre los dos séres, que por opuestos motivos, continuamente preocupan mi pensamiento.

Aun más, el servicio que anoche he prestado á Genaro Monreal, me da derecho á esperar en que su amistad me pondrá en buen lugar con su padre, y por este camino, fácil me será conseguir ascensos en mi carrera, que de otro modo me serian casi de todo punto imposibles.

Al llegar aquí, me parece oír lo que dirian algunos si leyesen lo que llevo escrito.

Tratas de abusar de la buena fé de tu rival para conseguir medros personales, y despues robarle el cariño de la mujer que le estaba destinada como compañera de su vida.

Ya conozco la fuerza de todas estas reflexiones morales: ya sé que en el mundo la intencion debe estar siempre desconocida, y que despues el éxito sanciona aún los más aviesos propósitos.

Ya sé bien, que el que se propone un fin y no lo consigue, no se le llama torpe ni desdichado, sino criminal.

Pero en cambio, esos generales sin batallas, esos banqueros, cuya riqueza se ha adquirido como todos sabemos, reparten su sonrisa y sus favores entre la turba multa de los que les adulan de presente y les censuran en su ausencia.

Llegar, y llegar por cualquier medio; esto es lo necesario.

Además, yo la amo con toda mi alma: no puedo vivir sin ella; me es imposible soportar la idea de verla unida á otro hombre, á otro hombre que ha nacido en la opulencia, ha crecido rodeado de dichas, no ha sentido jamás romperse su pecho al no poder contener la desesperacion que lo oprimia.

No, y mil veces no: aun suponiendo que llegue un dia en que Monreal se vea separado para siempre

Arzobispo no, pero siquiera seria cabo de la Milicia.

A propósito de Milicia, mi batallon no dá señal de vida, de lo que me alegro.

Mi barrio está aterrado desde que ha sabido que me han destinado á la quinta compania del primer batallon.

¿De qué no seré yo capaz cuando me ponga el uniforme?

Advierto que no fui á la eleccion de jefes, oficiales y demás superiores, porque estaba ausente. Si hubiese ido me habria elegido comandante yo mismo.

Señores, hoy no estoy de humor de escribir. Mientras los carlistas no se retiren á sus casas, que ya lo debian haber hecho; mientras siga la guerra; mientras haya en la pobre España tantos desastres, ¿quién tiene humor de chistes y donaires?... Ni ustedes tendrán humor de leerlos, ni yo de escribirlos.

LOS HOLGAZANES.

La sociedad civil se divide en dos clases de hombres (y por supuesto, de mujeres): los que trabajan con la inteligencia y los que trabajan con los brazos.

Esta division no es completamente exacta porque hay algun complexismo en una y otra clase, ó lo que es lo mismo, porque ni el que trabaja con la inteligencia es completamente ageno al trabajo de los brazos, ni el que trabaja con los brazos es completamente ageno al trabajo de la inteligencia; pero la regla general es la que he establecido y no debe obstar á ella el complexismo que me he apresurado á reconocer.

Axioma para mí irrecusable: si los que trabajan con la inteligencia deben consideracion y apoyo á los que trabajan con los brazos, los que trabajan con los brazos deben profundo respeto y gratitud á los que trabajan con la inteligencia.

¿Satisfacen esta deuda los que trabajan con los brazos? Tengo el sentimiento de decir que, por regla general, no la satisfacen, porque para ellos los que trabajan con la inteligencia no merecen nombre más adecuado que el de holgazanes.

Estos son los holgazanes de quienes se trata en el presente artículo, donde al pan se le llama pan y al

de Consuelo, el dolor que pueda sentir jamás igualará á la suma de dolores que yo he padecido desde el momento que tube uso de razon, hasta el en que escribo estas líneas.

Yo he visto que cuando la pobreza, casi la miseria, invadia mi casa paterna, en vano buscaban mis pobres padres el consuelo de la amistad, que tanto se prodiga en las horas de alegría y próspera fortuna.

Yo he sentido el peso del mil humillaciones fundadas en la pobreza de mi vestido, y he sido pospuesto á una turba de necios engreidos con una posicion social heredada, debida únicamente al acaso del nacimiento.

En mis horas de dolor he meditado mucho: todo es para mí dudoso. Sólo hay una cosa cierta: el poder y el dinero producen todos los goces posibles en esta vida: y aun despues de la muerte, el poder y el dinero colocan una lápida fastuosa sobre el sepulcro, y sirven para pagar las plegarias que se elevan al cielo en demanda de nuestra eterna salvacion.

Un observador superficial podria decirme que si no siento vergüenza al comparar la doblez de mis propósitos, con la nobleza de ánimo de Genaro Monreal.

Nada menos que eso: Genaro es confiado, es franco, es leal, porque la dicha y los alagos de la fortuna le han formado este carácter: yo soy desconfiado y astuto, porque el dolor y el desengaño me han obligado á considerar á los demás hombres como mis naturales enemigos.

Las corrientes de la vida forman el carácter de cada hombre, como cada clase de terreno determina la especie de plantas que en ella pueden producirse.

Si yo por el acaso del nacimiento me hallase ya en posesion de la fortuna que anhelo, es seguro que mis ideas fueran muy diferentes á las que ahora me agitan: es seguro que no necesitaria recurrir á los medios que estoy empleando para adquirir el amor de Consuelo.

(Se continuará.)

LAS CORRIENTES DE LA VIDA.

NOVELA ESCRITA

POR

Teodoro Guerrero, Antonio Hurtado, Ramon de Navarrete, Pilar Simués de Marco, Luis Vidart, Manuel Juan Diana, Francisco Perez Echevarria, Francisco Luis de Retes, Ricardo Sepúlveda, Angela Grassi, Manuel Ossorio y Bernard y Carlos Frontaura.

CAPITULO QUINTO.

Por L. Vidart.

EL DIARIO DE ALBERTO DE SANDOVAL.

He favorecido, he salvado á mi rival. He favorecido, he salvado á un sér que se presenta como un obstáculo invencible entre mi pasion y la persona que a inspira.

¿Sé que mi rival ha pronunciado un juramento que le impide cruzar su espada con la de otro hombre, siquiera este hombre le hiera en lo más profundo del alma.

¿Sé que un lago de sangre separa á dos personas destinadas á unirse ante los altares.

¿No hubiera sido mejor dejar que los acontecimientos se desenvolviesen naturalmente, y á estas horas quizá, ella sabria lo que ahora ignora?

No: una confesion franca, hecha con el acento de la verdad, una desgracia noblemente arrostrada, es posible que hubiese apagado todo odio de familia; es posible que hubiese producido en plazo más ó menos

19 JUL 2300

vino vino, porque sólo hablando claro se entiende la gente. La cuestión es tan importante, que aunque en otra ocasión dedique á ella una página de un libro, ahora me parece conveniente dedicar una página de un periódico, conveniencia que sube de punto cuando el periódico es tan popular y leído como EL CASCABEL. Sirva de boceto aquella página al cuadro más extenso que voy á chafarrinar.

II.

En las cercanías de una capital de Castilla la Vieja hay un paseo muy retirado de la ciudad, en un vallejo poblado de frondosa arboleda que forma contraste con la desnudez de los campos vecinos casi desprovistos de toda vegetación. Aquel paseo parece hecho de encargo para el recogimiento del espíritu y en este concepto le prefieren á otros más cercanos á la población y más concurridos los que quieren estudiar y meditar al aire libre. No se ve en él aquella muchedumbre de gentes frívolas que van á los paseos á ver y ser vistas y murmurar; pero en cambio, rara vez dejan de discurrir pausada y reflexivamente por sus humbrías jóvenes á quienes el estudio ha dado ya la gravedad de la edad viril y hombres que apenas salidos de la juventud, llevan ya en su frente y su cabeza el angusto sello de la ancianidad.

Una tarde muy destemplada y fría atravesaba yo los desolados campos en que la ciudad tiene asiento como un oasis en medio del desierto, y descubriendo aquel ameno y apacible vallejo, de cuya existencia no tenía noticia, me encaminé hacia él. Un hombre estaba arando en una heredad no distante del paseo y me detuve á saludarle y preguntarle el nombre de la frondosa arboleda que tanto llamaba mi atención. Cuando le iba á hacer esta pregunta, el hombre me dijo:

—Esta tarde bien ancho va V. á estar en el paseo de los Holgazanes, por que con el gris que corre no se atreve ninguno á salir de junto al fuego.

—¿A qué paseo llama V. de los Holgazanes? le pregunté.

—A ese que ve V. ahí abajo. Le han puesto ese nombre porque le está pintiparado.

—¿Por qué?

—Porque nunca faltan en él holgazanes.

—¿Holgazanes! ¿Y quiénes son esos?

—Quiénes han de ser sino los señores de gaban y levosa que vienen ahí á holgazanear, ménos cuando hace mal tiempo como hoy! ¿Qué repantigados y calientes pasarán hoy la tarde junto á la chimenea, mientras los pobres destripaterrones nos helamos y echamos los hígados en el campo para que coman ellos! ¿Qué lástima de fuego en todos los holgazanes de levosal!

Quise rectificar el absurdo criterio de aquel hombre, pero pensando que la tarde no estaba para rectificaciones al aire libre, y sobre todo pensando que tal rectificación debía hacerse, no en un campo donde solo la oyerá un hombre, sino en un libro ó un periódico donde la leyeran muchos, continué mi camino, exclamando con honda pena:

—Dios mío, qué ideas tan absurdas y tan disolventes del principio social se van apoderando del honrado y buen pueblo de Castilla! ¿No permitas, Dios mío, que esas ideas traspasen las barreras naturales del Ebro y el Océano que desde el principio de los siglos han defendido á mis valles nativos de las invasiones injustas del Septentrion y el Mediodía!

III.

Pasaron años y yo habia trocado las llanuras de Castilla por los valles vascongados, que eran los de mi infancia. La obra del progreso humano á que todos nacimos obligados á contribuir, ciertamente no incluirá ni deberá incluir mi nombre entre los de aquellos que más le hayan prestado su concurso, pero cuando yo cierre los ojos para entregarme al último sueño, los cerraré tranquilo pensando que he llevado á ella la piedrecita que me permitian llevar mis débiles fuerzas.

Toda gran obra destinada á fecundizar mucho, esteriliza un poco. Para reedificar el alcázar de Madrid en el siglo XVIII, se convirtió en erial el Parque, cuyas maravillas cantaron los poetas del siglo XVII.

Una mañana bajó Felipe V á aquel erial, y pensando que ya no podía decir con la galana musa del gran Calderón:

«Esta mañana salí á ese verde hermoso sitio, á esa divina maleza, á ese ameno paraíso, á ese Parque rica alfombra del más supremo edificio.»

hizo amenizar aquella aridez con macetas de flores. Con macetas de flores del alma y de la inteligencia

procuramos amenizar los poetas y moralistas la aridez que en torno de sí produce la gran obra del progreso humano.

Y yo trabajaba, trabajaba sin descanso para hacer brotar estas flores.

Cerca de mi morada habia un vallecito solitario que, como el paseo de los Holgazanes de Castilla, parecia hecho de encargo para la meditacion y el estudio. No eran sus vertientes campos desnudos y desolados sino laderas siempre verdes y vestidas de árboles frondosos; surcábale un riachuelo bullicioso y cristalino, y en lo más ameno y espacioso de su fondo brotaba una caudalosa fuente que luego serpeaba por la pradera á donde bajaban en su busca abejas y mariposas.

Turbaban el silencio de aquel vallecito, además del murmurio del riachuelo y la fuente, las risas y los cantares de una bandada de muchachas que trabajaban en una vena, es decir, en una mina de hierro situada en la ladera de la montaña, derrumbando al valle la vena ó mineral que manos más fuertes que las suyas arrancaban de la roca y que un anciano acribaba orilla del riachuelo.

A pesar de esto, aquel vallecito era el que yo preferia para mis meditaciones, ó lo que es lo mismo, para elaborar la parte más difícil de mis trabajos, porque pensar un libro ó una máquina es mucho más difícil que construir la máquina ó escribir el libro.

Tan persuadida de esto tenia yo á mi familia, que cuando alguien iba á preguntar por mí y yo habia ido al vallecito, mi familia contestaba que habia ido á trabajar.

—¡Vaya un modo de trabajar! exclamó un dia la portera al oírlo, escandalizada de la mentira, porque acababa de venir de la fuente del vallecito y me habia visto allí paseando.

IV.

Aquellas muchachas que habian reparado en mis diarios paseos, vallecito arriba, vallecito abajo, dieron en cantar, siempre que me veían, indirectas como esta:

Si en este mundo hubiera buenos gobiernos, todos los paseantes comieran cuernos.

Yo sonreía indulgentemente oyendo esto y continuaba mi paseo; pero la sonrisa de indulgencia se trocaba muy pronto en suspiro de pena, porque siempre me la ha causado ¡y muy honda y muy inconsolable! el extravío del entendimiento popular que casi siempre implica el extravío del corazón.

El anciano que acribaba mineral orilla del riachuelo correspondia siempre á mi saludo con respeto y agradecimiento, fuese porque naturalmente tuviera juicio y corazón más rectos que las cantadoras, ó fuese porque pertenecía á otra generacion, á la que eran extraños aquellos extravíos.

Una tarde, en lugar de seguir valle arriba sin detenerme, me senté al pié de un castaño un poco más arriba donde trabajaba el anciano, en una revueltita que hacian el riachuelo y el camino que seguía su margen. Detúveme y me senté allí porque me faltaba tiempo para apuntar en mi cartera la resolución de un problema que hacia dias me daba muchos dolores de cabeza y muchos insomnios y acababa por fin de encontrar.

Ni el anciano ni las muchachas alcanzaban á verme al paso que yo oía su conversacion. Como notase que hablaban de mí, apliqué el oído sin hacer caso del refran que dice que el que escucha su mal oye.

—Muchachas, decia el anciano, á ver si teneis más prudencia cuando pasa ese buen señor que anda por aquí arriba y abajo todas las tardes.

—¿Y por qué le hemos de tener?

—Porque la prudencia nunca está de sobra y mucho ménos con las personas que son más que nosotros.

—Los holgazanes que como ese señor no hacen más que pasear, no son más que los que trabajamos para mantenerlos á ellos.

—¿Y quien os dice á vosotros que nosotros los mantenemos?

—Claro está que sí. Y sino ¿quién labra las tierras, quien hace los caminos, quien saca la vena, quien carretea, quien trabaja en las fábricas, quien hace las casas, quien lo hace todo, nosotros los *trabajantes* ó esos señores que no hacen más que holgazanear pasea que pasea cuando no están muy regalados y descansados en sus casas?

—Eso es verdad, contestó el anciano, pero de todos modos la prudencia siempre es prudencia.

Continuando mi paseo, continué mis meditaciones, cuyos resultados eran uno infalible y otro eventual, el infalible algun dolor de cabeza que no me dejaba dormir en toda la noche, y el eventual alguna idea

con cuya ayuda pudiese ganar un poco de pan y otro poco de honra; y cuando al regresar saludé al anciano, noté que éste me miró con una especie de compasion y como si quisiese advertirme algo.

V.

Yo continuaba mis paseos por el vallecito y las muchachas de la mina continuaban sus indirectas á los holgazanes como yo.

Una tarde en que á mi ida vallecito arriba, estas indirectas habian menudeado más que nunca, y á mi vuelta, vallecito abajo, comenzaban de nuevo en el momento en que el anciano correspondia á mi saludo con el respeto y agradecimiento de siempre, tiró el buen viejo la criba profundamente disgustado y me dijo:

—¡Eh, señor, cómo dá V. lugar á eso!

Por única contestación me sonreí, me detuve, saqué la petaca y ofrecí un cigarro al anciano que le aceptó con mucho agradecimiento, y como me repitiese que cómo daba lugar á que las muchachas se desvergonzaran conmigo, cosa que no habia podido él evitar porque debia decirme con la franqueza propia de su carácter y sus muchos años que yo daba ocasion á ello, le pregunté:

—¿Qué edad tiene V., buen amigo?

—Más de ochenta años, me contestó con el orgullo de la ancianidad más justificada, que el de la juventud.

—¿Crée V. que yo llegaré á tanta edad?

—Creo que no llegará V. ni con mucho.

—Segun eso, los que pasean como yo viven ménos que los que trabajan como V. y esas muchachas?

—Mucho ménos.

—¿Por qué?

—Porque cavilan mucho más.

—¿Y quiénes son los que cavilan?

—Los caballeros como V.

—¿Y para qué cavilamos?

—¿Qué sé yo, señor! Para inventar.

—¿Qué?

—¿Qué ha de ser! Todo: los libros que nos enseñan, las leyes que nos gobiernan, la música y los cantares que nos divierten, las casas en que vivimos, los templos donde rezamos, las telas que nos visten, las medicinas que nos sanan, las máquinas que nos ayudan, los alimentos que nos mantienen, los carruajes que nos conducen, las herramientas con que trabajamos, las armas que nos defienden... en fin, todo.

—Pues, amigo, los que pasean para cavilar y cavilan para inventar todas esas cosas, y para inventarlas se resignan á vivir mucho ménos que los que no pasean, dignos son de que se les deje pasear y cavilar en paz y gracia de Dios.

—Tiene V. razon! contestó el anciano con profundo convencimiento, y volviéndose hacia la ladera de la montaña, añadió:

—Chicas, si volveis á cantar esas barbaridades, subo allá y bajais rodando á pedir perdon á esta caballero; que este caballero trabaja más que vosotras y yo, y si vosotras y yo tenemos llagas en las manos, quizá este caballero las tenga en el alma, donde son mucho más dolorosas!

VI.

Mientras el anciano dirigia este apóstrofe á las muchachas, levanté la criba que habia arrojado al suelo y al volverse á mí se encontró con que yo se la alargaba, no sin haberme tiznado la mano con el polvo carmineo de la vena.

—¡Gracias, señor! exclamó el anciano. Se ha molestado V. y se ha manchado....

—Los que inventamos las cribas, le interrumpí sonriendo, debemos tener á honra el levantarlas del suelo y tizarnos la mano con ellas. Si no las manejamos, no es por que creamos que el manejarlas nos degrada, sino por que creemos que cuando el cuerpo se cansa, se debilita la inteligencia, que necesitamos conservar en todo su vigor para que pueda cumplir la noble y útil mision que la naturaleza ó la casualidad le han impuesto. Así como las plantas necesitan dos elementos, uno material y otro inmaterial, para vivir y dar fruto sazonado, que son la tierra y el sol, el trabajo necesita dos elementos de igual naturaleza, que son la idea y la fuerza. La idea se la prestan los que trabajan con la inteligencia, y la fuerza los que trabajan con los brazos. Apóyense y respétense mutuamente los que tienen en el mundo la noble y santa mision de secundar y fecundar la obra de Dios, unos con la inteligencia y con los brazos otros; pero no olviden nunca estos últimos que si el instrumento es noble, la mano que le dirige lo es mucho más.

Y así diciendo, alargué mi mano al viejo que no contento con estrecharla, quiso llevarla á sus labios, lo que yo no permití porque me bastaba que no se la tuviera ya por mano de un holgazan.

No sé qué clase de elocuencia emplearia el anciano para convencer á las muchachas de que se puede gastar levita y pasear sin ser holgazan; pero sí sé que

fué eficaz aquella elocuencia, porque desde aquel día las pobres muchachas, lejos de zaherirme en sus cantares, cuando me veían pasar suspendían los inofensivos con que todo el día amenizaban el trabajo, como si les inspirasen profundo y solemne respeto mis meditaciones y no quisiesen turbarlas.

Ahora lo que deseo es ir á la capital de Castilla la Vieja á ver si consigo quitar el nombre de Paseo de los Holgazanes á aquel donde suelen verse, discurrendo pausada y reflexivamente por las humbrias, jóvenes á quienes el estudio ha dado ya la gravedad de la edad viril y hombres que, apenas salidos de la juventud, llevan ya en su frente y su cabeza el aurgusto sello de la ancianidad.

ANTONIO DE TRUEDA.

CARTA ÍNTIMA.

Mi amigo Guerrero, sin duda por distraccion, ha medido en el sobre de una carta que me dirigia, otra que me he permitido leer; perdone la curiosidad, y perdone tambien que la dé á la estampa, por más que sea una misiva de carácter íntimo; está suscrita por V. F. A., la elegante escritora que tan popular hizo el seudónimo de Felicia, llenando por espacio de más de veinte años el folletín dominical del *Diario de la Marina*, de la Habana. La señorita A. se encuentra en Milan, en la tierra clásica del divino arte, y comunica á su amigo Guerrero sus impresiones de un viaje que tanto vacio dejó en el público de Cuba, que echa de menos los preciosos trabajos de Felicia.

Ahí va la carta, encargando el secreto á mis lectores.

»A TEODORO GUERRERO.

Milan 8 de Marzo de 1874.

Más vale tarde que nunca, mi buen amigo; pero apenas repuesta de un viaje que me costó muchas lágrimas al abandonar á Cuba, al separarme del país hermoso y desgraciado en que residian mis afectos, mis relaciones y mis costumbres, me apresuro á saludar á V. en este antiguo y para mi nuevo mundo; todavía me parece un sueño mi salida de mi segunda patria, de aquella isla tan favorecida por la naturaleza, y tan maltratada por los hombres; de aquella tierra de promision, mientras el olivo de paz y de fraternidad la sombreó con sus ramas; de catástrofes y angustias desde que la guerra y la discordia comenzaron á devastarla.

Decidida mi familia á fijarse en Europa, fué preciso dejar la Habana; mi sentimiento no podia expresarlo, y á última hora envié mi despedida al público amigo con quien comunicaba semanalmente hacia tantos años; quizá leeria V. ese folletín mio, mucho más sentido que pensado, pues lo regué con lágrimas entre la barahunda del viaje. Por fin, me embarqué en el vapor francés *Louisiane*, y al trasponer el Morro, mandé con una mirada un adios eterno á aquella playa hospitalaria donde dejaba un mundo de recuerdos.

La víspera de mi partida llegó á mis manos una carta anónima, que he conservado, y en la cual me decía la persona incógnita, que habiendo sabido por mi último *Ramillete habanero* en qué día me ausentaba, se proponia ir en la misma mañana á oír misa para pedir á Dios me concediese tranquilos mares. El Sér Supremo se dignó escuchar los votos de una simpatía tan sincera y desinteresada, que ni siquiera solicitó mi agradecimiento trazando su nombre al pié de algunos

renglones, y tuvimos felicísima navegacion. El Atlántico, semejante á un lago sereno y apacible, reflejó continuamente el azul del cielo; casi llegué á considerar su placidez, monotonía, y á preguntar con impaciencia por las grandes y rugientes olas de que nos hablan los navegantes. ¡Qué locura! Si me mareé con un tiempo pacífico, ¡cuánto más me hubiera mareado con un tiempo borrascoso!

De Saint-Nazaire nos trasladamos á Paris. No diré á V. de la antigua Lutecia, puesto que la ha visitado y la conoce, sino que la juzgo superior á su fama, cosa poco comun, tratándose de la realidad, con frecuencia inferior á la nombradía. ¡Cuántos tesoros encierran sus Museos, guardados en palacios cuya suntuosidad revela el fausto de los reyes de antaño! ¡Qué bien supieron alojarse esos señores! ¡Qué generosos y pródigos fue-

tan agradables, prósperas y risueñas atravesamos cuando la locomotora, costeano el Loira, nos condujo á Paris! Sólo distinguimos la huella de la tremenda lucha con Alemania en un panorama sorprendente que representaba *Le siege de Paris*, y que atraía tanta gente, en la capital de Francia, como *La fille de madame Angot*, opereta chistosa é impregnada en el pronto olvido de las horas tristes, peculiar á la inagotable alegría francesa.

De Paris hemos venido á Milan; las frecuentes perturbaciones de la madre patria han inducido á mi familia á fijarnos en suelo extraño. Ahora, amigo mio, será, sin embargo, menos difícil que nos veamos que cuando nos separaba un océano proceloso; si va V. á Paris, desde allí se viene en veintiocho horas por el erro-carril. En Milan veria V., además de la galeria de *Vittorio-Emmanuele* (paseo techado de cristales y único en su clase) y de otras cosas dignas de verse, el célebre *Duomo* (la Catedral), verdadera maravilla del mundo por sus millares de estatuas y por sus filigranas de mármol blanco. No hay descripción que iguale á la hermosura y elegancia de ese monumental edificio, obra de los siglos, pues ha necesitado muchos para ir completándose, sin haber obtenido todavía su conclusion; al través de las ventanas de mi aposento diviso sus torres, sus encajes de piedra, sus innumerables y gigantescas agujas, todas las cuales terminan en una estatua colosal, que á causa de la enorme altura parece una muñeca pequeña. En nuestros días de rapidez, todo se hace para hoy y muy poco para mañana; es decir, ya no se construyen obras como la indicada, capaces de rivalizar en eternidad con el tiempo.

Quien pueda y quiera gastar tiene en Milan ocasion de divertirse. Durante el invierno actual, por cierto sobrado frio para hijos de los trópicos, no han cesado las *soirées* particulares, los conciertos públicos, ni las funciones líricas y dramáticas en sus numerosos teatros. En el de la *Scala* se han puesto en escena con extraordinario lujo óperas nuevas y *ballets* fantásticos. Verdi, vino á dirigir los ensayos de su *Aida* y de su *Macbeth*, al cual quitó y agregó piezas, siendo, segun algunos, las piezas agregadas inferiores á las primeras, escritas con el calor de una inspiracion que se va agotando en el celeberrimo maestro, actualmente más científico y ménos espontáneo, más abundante en complicaciones que en pensamientos bellos y simpáticos como los de *Il Trovatore* y de *Rigoletto*. Los milaneses ponen á Verdi por las nubes, en lugar de pretender rebajarlo, como suele hacerse á menudo con las notabilidades en la Ha-

bana, y aun en España.

Aunque los *veglioni* (bailes de máscaras en los teatros) estuvieron muy concurridos, el Carnaval ha quedado con menos lucimiento este año que los anteriores, pues el municipio no quiso ó no pudo suministrar las cantidades que, fomentando el brillo de la fiesta carnavalesca, contribuian á que viniese á presenciaria multitud de extranjeros, cuyos bolsillos se vaciaban en *Milano la grande*, segun la llama la historia; pero como no he visto otro *Carnevale* mejor, me ha parecido el presente muy bueno. Todo Milan se hallaba en las calles principales; todos los balcones y ventanas contenian grupos de espectadores dispuestos á entablar el combate de los *coriandoli* (confites de yeso) con los paseantes en carruaje que arrojaban dulces, flores, y los expresados confites de tierra blanca, en cantidades enormes. Por medio de la muchedumbre iban vehiculos llenos de máscaras, que lan-



LA OFICIALA DE MODISTA.—Tipo de Madrid.

ron... para sí mismos! Pero las épocas han cambiado, y los artesonados estupendos, los grandiosos salones del Louvre y del Luxemburgo, sirven hoy de alojamiento á los soberanos del arte, á los príncipes del génio, inmortalizados por sus obras, aunque duerman sus cenizas en humilde cementerio de aldea ó en el rincón solitario de una verde campiña.

Tampoco hablaré á V., amigo Guerrero, porque los habrá recorrido, de los paseos deliciosos que rodean á Paris, ya se llamen *Campos-Eliseos*, *Bois de Boulogne*, *Buttes de Chaumont*, *Maisons Lafite*, *Bois y Parc de Saint-Germain*, etc. etc.; mas si le diré que mi melancolia empezó á disiparse en aquel centro de la civilizacion perfeccionada. La Francia ha manifestado su grandeza, sobreponiéndose á sus terribles desastres; á pesar de la devastacion extranjera, ha conservado su aspecto de bienestar general. ¡Qué campos tan amenos, bonitos y bien cultivados! ¡qué poblaciones

zaban á diestro y siniestro, arriba y abajo, los preciados coriandoli, sin respetar ni el terciopelo de las señoras, ni el paño de los caballeros.

La comparsa más bonita fué la de las lumache (caracoles); en altísimo carro, figurando una roca gigantesca cubierta de follajes y de conchas recorrian el Corso de Vittorio Emmanuele muchos enmascarados, cuyas cabezas, imitando perfectamente la del mencionado molusco, salian de conchas colosales; caballos, vestidos de gualdrapas verdes fingiendo hojas y montados por jinetes con trajes correspondientes y alegóricos, tiraban de la pintoresca peña que hasta en sus menores accesorios revelaban un gusto original, artístico y poético. La comisión de Premios concedió á las lumache el primero de aquellos, es decir, una suma de 3.000 francos. Por la noche hubo baile en el Casino, al cual asistí con una viudita muy distinguida, discípula del célebre Fumagalli, que toca el piano con sentimiento exquisito, al cual pudieramos llamar la poesía de la música. En aquel laberinto de salones elegantes y alumbrados por grandes arañas erizadas de velas, acudieron á saludarme dos jóvenes cubanos que vinieron de París á pasar en Milan el Carnaval. Con ellos me indemniqué hablando español del laconismo que me impone el temor de lastimar el italiano, idioma más difícil de lo que supusieramos los que creíamos conocerlo algo por haber llegado á comprender la fraseología de la ópera.

Pero veo que mi pluma conserva su antigua costumbre de correr demasiado. Gracias, mi buen amigo, por su galantería en echar de menos á Felicia cada vez que recibe V. algún número dominical del *Diario de la Marina*, de la Habana. Creo en la sinceridad de sus elogios.

Siento con todo mi corazón el fallecimiento de su querido padre, hermoso anciano á quien tuve el gusto de conocer en Cuba. Resignación! Dios proteja á usted, amigo Guerrero, conservando su imaginación florida, su constancia inquebrantable y su popularidad permanente porque trabaja para el porvenir de su familia.

Desea á V. y á todos los suyos salud, alegría y felicidad su buena amiga

FELICIA.

EL TIPO DE LA MUJER.

LA DISCRETA.

XI.

A RICARDO SEPÚLVEDA.

¿Eres tú el intransigente del pleito del matrimonio, aquel soltero tan hábil, tan sutil, tan... ominoso, que el gremio de los maridos siempre miró de reojo? ¿Por qué andas en malos pasos? ¿Qué móvil tan poderoso te empuja súbitamente al precipicio más hondo? ¿Qué sirena te ha quitado la luz de tus claros ojos, y tus miradas de lince trueca en miradas de topo? ¿Eres tú el mismo Ricardo? Te miro y no te conozco. ¿Te lanzaste á la política, é imitando á tus consocios, es tu opinión la veleta que gira del viento al soplo... y hoy á preguntar te atreves y sin el menor asomo de rubor en las mejillas, —apóstata sin decoro— cómo ha de ser la cadena, cómo ha de ser el bodorrio, que no te cause gran daño, ó que te moleste poco?... Jamás de tí yo esperaba un desengaño tan gordo: la fe que en tus juramentos abrigaba candoroso se evaporó al preguntarme qué tipo creo más propio en la mujer para esposa; ¡interrogante horroroso! ¡Ah, quién fia de los hombres! ¡Los hombres son unos monstruos!

Tipos femeninos buscas y de ellos quieres acopio para el que más te convenga luego escoger con aplomo: pues del conyugal tormento quieres elegir el potro, por si más tarde en la lista entras del martirologio. Fíjate bien en el tipo que he dibujado en contorno y que presento á tu vista verdadero, aunque incoloro.

De la cruz que vas buscando y que has de cargarte al hombro,

el peso opresor preciso es suavizar de algun modo: aligerará ese peso el tipo que te propongo. En esa mujer... futura jamás la beldad del rostro te ciega, que la belleza dón es que se pierde pronto, y aún esto es una ventaja para maridos celosos: que si la hermosa es hermosa hasta los cincuenta otoños, ellos sufren de por vida las penas del purgatorio; que se casa para el público más que para sí el bolonio que una mujer deslumbrante creyó escoger para él solo. Tú la has de elegir discreta, discreta, si no eres sordo á mi opinión... aunque tenga físico defectuoso.

La discreción es lo único que puede encontrarse sólido en el cuerpo femenino, que es cuerpo... muy gaseoso. Si la mujer es discreta te aprovecha para todo: femenino compañero para tus ratos de ocio, tú puedes comunicarle tus pensamientos más hondos, consultarle tus proyectos, darle parte en tus propósitos, seguro que ha de entenderse como te entiendes tú propio. La mujer nécia es obstáculo, y la tonta, mueble incómodo en el que liga al marido la sogá del matrimonio. La discreta es un refugio, un consultor, un apoyo. Así es, querido Ricardo, vista por el lado próspero, que vista por el reverso, ó si quieres por el dorso, es á los ojos del público de muy diferente modo.

—Otra ventaja—el marido la vé por el lado heróico casi siempre... por el bufo no más la miran los otros. Cuando la mujer discreta quiere aguzar el meollo y busca por fás ó néfas cómo engañar á su esposo, los recursos que ella inventa no inventaría el demonio. Maestra en el fingimiento, pues desde niña aprendiólo, en casos como este llega de su habilidad al colmo y engaña tan bien, que nunca ni el indicio más remoto de una sospecha, consigue turbar el dulce reposo del... editor responsable, que... soñando... sueños de oro, vive en el Limbo de Bábía ignorante y venturoso. ¿Qué mayor suerte, Ricardo? Para un marido ¡qué momio!... Si le engañan, no lo sabe, y lo que aún es más cómico, no lo cree; que el casamiento al listo convierte en tonto. Hasta tú, Ricardo, que eres tan sutil, tan ingenioso, en cuanto te oprima el yugo serás ciego, torpe, bobo. Así, pues, si te decides á maridar, te propongo que busques mujer discreta en cualquier rincón del glóbo: si es buena, puedes gloriarte de haber hallado un tesoro muy extraño, una chiripa, una cónyuge fenómeno: si es mala, y quiere engañarte, y el caso que yo supongo llegase, no has de saberlo; y no han de turbar tu gozo ni amistades de algun gallo, ni obsequios de ningun pollo. Conque así; mujer discreta, que es como yo la pregonó: é con ella ó con ninguna y... *Anis coronat opus.*

JACINTO LABAILA.

CASCABELES

En muchos pueblos de España se sienten ya los efectos de la falta de lluvias. Y los de la falta de dinero también se sienten.

El gran cantante Selva se despidió del público el sábado, siendo muy aplaudido.

Pero francamente, me parece que no hay motivo para que porque el Sr. Selva se retire de la escena á vivir en su casa, se aflijan tanto algunos periódicos y prorumpen en lamentaciones capaces de ablandar los bronce.

El hombre se retira de la escena, bueno; pues que viva muchos años y tenga salud y dinero. Ya sabemos que es un gran artista, y por eso se le ha aplaudido siempre y ha ganado gran sueldo.

Porque á cantar ya no vuelva Selva, ¿me voy á aflijir?...

¿Quién pudiera como Selva retirarse á buen vivir?

¿Y qué me dicen Vds. de la música del porvenir? ¿Se van Vds. entusiasmando ya?...

En varios periódicos veo que esa música hace las delicias de los que van á los Conciertos del Circo de Rivas.

A lo ménos tenemos el consuelo con la música del porvenir de un porvenir de música.

Victor Hugo ha prohibido que su nueva obra *Noventa y tres* sea traducida al alemán.

Semejante determinacion ha afectado de tal modo á los alemanes que todos, el emperador Guillermo inclusive, están poseidos de la mayor tristeza, y por las calles de Berlin no se ve más que gente llorando y gimiendo.

Ya se han publicado el proverbio *Sermon perdido* y la fábula en acción *La filosofía del vino*; estas dos obras dramáticas de mi compañero Teodoro Guerrero, que tantos aplausos le valieron en el teatro de la Alhambra, se han impreso juntas, y estamos seguros de que los amantes de lo bueno y lo bello las adquirirán sin más recomendacion que el nombre del autor. Se vende este libro á 4 rs. en nuestra Administracion.

Todo este tiempo que hemos tenido tan calladito al ciudadano Pi, ha estado el hombre escribiendo un folleto ó qué se yo haciendo la historia de su república y su gobierno para que los españoles veamos que no nos conviene otro gobierno que el suyo sandunguero.

Pues señor, se podia haber ahorrado el trabajo porque ya sabemos, por desgracia, esa triste historia.

Me libraré bien de leer lo que dice Pi. Ya me lo figuro. ¿Y Figueras? ¿está escribiendo también otra novela federal?

Hace ya unos dias que los periódicos no dicen lo que ha costado poner en escena las *Manzanas de oro*.

La última vez se dijo que 30.000 duros; me parece que ahora ya se podrá decir dos millones siquiera.

No he visto un funcionario á quien le ponga más sueltos *La Correspondencia* que el actual director de Correos.

Y el servicio de correos está, sin embargo, tan mal como siempre.

De toda obra nueva me suele enviar el autor ó el editor un ejemplar para que anuncie su publicacion en el periódico.

Mucho me extraña que el Banco de España no siga esta costumbre. Acaba de poner en circulacion billetes nuevos de 4.000 y de 1.000 rs. y no ha tenido la atencion de enviarme un ejemplar siquiera. Semejante conducta me parece incalificable.

Al director del Tesoro le han dado la gran cruz del Mérito Militar.

En tiempos en que á mí me quieren hacer miliciano ya no me sorprende nada.

El nuevo teatro que está en construccion en la calle del Príncipe se llamará *Teatro de Breton*, y estará terminado en Octubre.

Los distinguidos actores Mario y Arderius tienen ya tomado este teatro para la próxima temporada. En el se cultivará el género cómico en el buen sentido de la frase; es decir, que no habrá nada bufo.

Mariano Fernandez ha hecho esta semana las delicias del público representando en el lindo teatro de Apolo la regocijada comedia de Breton *El ¡qué dirán?* y el *¡Qué se me dá á mí?*

Recomendamos otra vez el hermoso libro *Mujeres del Evangelio*, que se vende en nuestra administracion á 4 reales.

En Jerez se ha representado con gran éxito la comedia del Sr. Frontaura *¡Desde el cielo!* y se prepara en todos los teatros de provincia donde hay compañía de verso.

Decía nuestro amigo Vidart en el último capítulo de *Las Corrientes de la vida*, que hemos publicado: «Solo los caracteres muy superiores consiguen transformar el dolor en el pedestal del heroismo.»

Y dijeron los cajistas: «Solo los caracteres muy inferiores etc.» Nuestras lectoras, que son muy discretas, habrán corregido antes la errata; pero conviene que conste que nuestro amigo Vidart no piensa en manera alguna que es cualidad de los caracteres inferiores convertir el dolor en pedestal del heroismo.

En nuestra administracion se venden billetes para la lotería oficial de la Habana que se sorteará el 2 de Abril.

El 20 por 100 de lo que produzca la venta de estos billetes se destina á los heridos del ejército. El billete cuesta 400 rs. y está dividido en vigésimos á 20 rs. cada uno.

IMPRENTA DEL CASCABEL. calle del Cid, núm. 4. (Recoletos).